

TORRE DE HÉRCULES

JOSÉ RAMÓN AMOR PAN

El derrumbamiento del nosotros



La Habana acogió a finales de enero la **IV Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo**, un evento organizado por el gobierno cubano con los auspicios de la UNESCO. Ha sido un honor participar en ella formando parte de la delegación de la Iglesia Católica, junto a mons. **Paglia** (presidente de la Pontificia Academia de la Vida), **René Zamora** (director del Instituto de Bioética Juan Pablo II, de Cuba), **Rodrigo Guerra** (del Centro de Investigación Social Avanzada, de Méjico) y **Francisco León Correa** (de Chile, presidente de la Federación Latinoamericana de Instituciones de Bioética).

Si impresionante fue escuchar la ovación que siguió al mensaje del papa **Francisco** en la ceremonia de inauguración, en el simbólico Palacio de Convenciones (lugar en el que tienen lugar las reuniones de la Asamblea Nacional del Poder Popular y que acogió tantos discursos de **Fidel** y de **Raúl Castro**), no lo fue menos la acogida que tuvo al día siguiente la magnífica conferencia de Mons. Paglia, de la que esta columna es un apretado resumen.

Comenzó recordando una de las tesis del papa Francisco: “No estamos en una época de cambio, sino en un cambio de época”. El problema es que nos falta una visión común que comprenda toda la comunidad humana. Estamos viviendo un peligroso individualismo global, un narcisismo tan radical que la aspiración hacia una fraternidad universal se vuelve débil e incierta. A eso es a lo que llamó “el derrumbamiento del nosotros”, es decir, la pérdida del sueño común, de la visión común. Una auténtica

“ego-latría”, un verdadero y real culto al yo, que ha asolado por completo todas las demás perspectivas. “Es verdad que todos hoy estamos más conectados, pero no por eso somos más hermanos”.

Por eso debemos retomar ese sueño, el mismo sueño de Dios. “Este sueño es el que Jesús ha confiado a la Iglesia y que ha puesto en el corazón de todos los hombres: la entera familia humana tiene

un origen común y un destino común. Es decisivo el redescubrimiento de la fraternidad, que desgraciadamente, es la promesa perdida de la modernidad”.

Incluso la cuestión de los derechos ha de ser situada, fundada, expresada y realizada, no en referencia a un yo separado sino en la referencia más completa a un nosotros. “Sin una correlación armoniosa de derechos y deberes compartidos, la protección justa de la persona ya no está garantizada, y la vida de la comunidad no se hace más humana en absoluto”.

No extraña, pues, que finalizase clamando por “una nueva etapa de fraternidad y familiaridad universal”: la búsqueda continua de la paz y el equilibrio mundial exige que la perspectiva del nosotros, de un camino compartido e inclusivo, sea no solo el objetivo a perseguir sino también la forma de llevar a cabo dicho proyecto. “La fraternidad humana o es fruto de un camino compartido o simplemente no es”. Urge una nueva pasión por el hombre, un compromiso renovado para construir un mundo en el que todos puedan sentirse ciudadanos y sentirse responsables del destino común de la paz. —

EL PROBLEMA ES
QUE NOS FALTA
UNA VISIÓN QUE
COMPRENDA TODA
LA COMUNIDAD
HUMANA